

ta de la sala verde, y el roce de un largo traje de seda que se arrastraba por el suelo.

VI.

GRACIA.

Al pronto creí que sería Felicia, que se entraría allí para reposar, leer ó escribir algunas cartas; pero bien pronto conocí que me equivocaba: la persona que había entrado, y que era evidentemente una mujer, empezó á pasearse con agitacion y á dejar escapar sordas exclamaciones con voz ahogada, pero en la que reconocí un acento extraño y nada parecido al de mi aya.

Por fin se abrió una puerta y la voz de mi padre exclamó con el acento de la sorpresa.

— ¡Gracia!

— Yo soy, repuso la voz de ántes, ahora clara é imperiosa. ¡Yo soy! ¿Se extraña V. de verme, Conde?

— Aquí, sí; repuso mi padre, y tanto más cuanto que llevo cinco despedidas de sus criados de V. sin conseguir verla.

— Anoche fué la última, ¿verdad? preguntó la Vizcondesa.

— Justamente, anoche.

— Pues bien, Conde: en la seguridad de que V., irritado, y con razon, no volvería, vengo yo á verle; porque me he convencido de que lo mejor es que hablemos claro.

— ¿Pero sabe V. el estado de mi mujer?

— Lo ignoro: verdad es que sólo sé que es V. casado, porque lo dice: su esposa de V. no se deja ver nunca.

— ¡Mi esposa está agonizando! dijo mi padre con una emocion que no pudo reprimir.

— Lo siento, y seré breve, caballero, repuso Gracia; pero es forzoso que le hable á V., y que V. me escuche: las visitas de V. me comprometen y vengo á rogarle que las suprima, por la razon ya dicha, y por otra ademas.

— ¿Cuál es esa otra, señora?

— ¡Que sepa que le detesto! ¡Usted me ha vencido, es verdad, pero sólo ha conseguido con eso conquistarse todo mi ódio!

— ¡Y bien, señora!

— ¡Y bien, caballero! ¿Eso no es nada para usted? ¿Nada le importa? Tanto mejor.

Mi padre sólo contestó con un profundo suspiro.

— Caballero, dijo la Vizcondesa, V. por apartar de mi lado al Conde de Rio-Claro, á quien amaba, ha sacrificado á su hija, haciéndola casar con él, que la hará desdichada.

— Señora, respondió mi padre: es verdad que estaba celoso del Conde; ¿á qué negarlo? ¡Pero es verdad tambien que jamás hubiera permitido que mi hija se casara con él, á no saber que ésta necesitaba de ese enlace para ser dichosa, porque le amaba y era amada de él!

— ¡Amada de él! exclamó Gracia con una carcajada: V. delira, señor Conde.

— El Conde ama á mi hija.

— Y yo le digo á V. que no hay tal; que se ha casado

con ella porque estaba arruinado y porque Valeria es muy rica.

— ¿Y no es también buena y bonita y está bien educada?

— Ninguna de estas ventajas seducen al Conde, se lo aseguro á usted.

— ¡Veo, señora, que le conoce V. demasiado! observó mi padre con amargura.

— ¡Oh, sí, demasiado! exclamó la Vizcondesa con un suspiro. ¡Como á V., como á Sandoval, como á todos aquellos á quienes he amado, y que han fingido amarme á mí!

— Observo que cuenta V. un largo catálogo de amantes.

— ¡Ya lo sabía usted! ¡Pero ¡ay! todos me han parecido lo que son! ¡Todos! ¡Cien, egoismo, mentira! ¡Por fortuna he sabido retroceder á tiempo, y puedo pasar á su lado con la frente muy alta!

— ¿Y sólo el Conde de Rio-Claro es, en el concepto de V., más digno de su amor?

— ¡Sólo el Conde! porque de él á todos los otros—sin exceptuar á V.—hay una gran diferencia.

— ¿Cual es?

— ¡Que él jamás me ha exigido nada; que se ha arruinado franca y sencillamente, sin ruido ni ostentación; que aún hay en él nobleza y generosidad!

— ¡Luégo no debe V. extrañar que ame á mi hija!

— Lo extraño, ó por mejor decir, estoy segura de que no la ama.

— ¿Por qué?

— ¡Porque aunque posee muchos atractivos, le faltan

justamente todos los que á él le podrían fijar; y será muy desgraciada con él, y al fin se separará de ella como yo de mi marido!

— Es que creo, señora, dijo mi padre exasperado, que la separación de V. y de su marido ha tenido otras causas además de las ligerezas del Vizconde.

— Sí, las ligerezas mías. ¿Cree V. que Valeria casada con un hombre que no la ama, y siendo bastante bella para ser ligera también, no hará lo que yo?

— Creo que no, señora.

— ¡Y yo estoy segura de que sí!

Un generoso rubor coloreó mis mejillas á juzgar por el calor que en ellas sentí al escuchar estas palabras, y dirigí á Dios en el fondo de mi alma la promesa de ser buena é irreprochable toda mi vida, sólo para desmentir á aquella mujer que tenía la osadía de quererse igualar á mí; ella, manchada con toda clase de coqueterías, conmigo, niña inocente que había llevado al matrimonio toda la fe, todas las ilusiones, toda la pureza de mi primer amor.

Todavía no había pasado por mi cabeza ningún mal pensamiento; pero creo que, aunque así hubiera sido, lo hubiera desterrado al oír á la Vizcondesa.

— Y bien, señora, dijo mi padre; ¿cuál ha sido el objeto de V. al venir aquí?

— ¿No se lo he dicho? repuso ella: como soy toda caprichos, he venido á decirle, después de haberme negado á recibirle en mi casa, que su ruin venganza se ha vuelto contra V. mismo, porque al quitarme al Conde y al dárselo por marido á su hija, ha labrado la desgracia

de ésta y no ha hecho su felicidad; porque yo no quiero volver á ver á usted.

—¿Cree V. acaso que el Conde, ya casado, y casado con Valeria, intentará volver á las redes de V.?

—Creo que sí.

—Y yo creo que no.

—No sabe V. aún quién es Eduardo, exclamó la Vizcondesa, ni sabe V. de qué modo le tiene asido Sandoval y lo que Sandoval puede: agotada toda la fortuna de ese niño loco desde hace largo tiempo, Sandoval le ha prestado gruesas sumas que ha dilapidado igualmente: por eso se casó con Valeria; porque para esos hombres seducidos por el demonio del lujo, es más fácil morir que renunciar á los caballos, al casino, al abono de los teatros, á las conquistas amorosas: para seguir así sacará Eduardo dinero del dote de su mujer, pero no lo sacará para pagar á Sandoval que le tiene sujeto, segun creo, muy á gusto de los dos.

—Yo pagaré á Sandoval las deudas de mi yerno, dijo mi padre.

—¿Usted? ¡Pobre Conde! exclamó Gracia. ¡Si entre mis caprichos y el dote de su hija, cuya entrega ha tenido que hacer, se ha quedado V. por puertas!

—¿Qué sabe V.?

—Lo sé: yo siempre sé todo lo que necesito saber.

Debia ser verdad lo que aquella mujer decia, porque mi padre no contestó una sola palabra.

Me imaginaba ver su ademan confuso y humillado, y al paso que me compadecia de él, aborrecia aquella mujer, causa de todas sus penas.

—A otra cosa venia aquí tambien, dijo Gracia tras un rato de silencio. ¿No tenia Valeria una aya?

—Sí, señora.

—¿Está aquí aún?

—Sí... pero...

—Tengo una amiga que busca una aya para su hija y he pensado en ella; suplico á V. que le diga se vea conmigo: adios, señor Conde, y si no quiere hacerme este último favor, no se moleste, que ya se hallarán ayas de sobra.

Dicho esto, oí el crujido de su traje de seda, lo que me probó que se alejaba.

Corrí en busca de Felicia, y, arrojándome en sus brazos llorando, le conté todo lo que pasaba.

—Tranquílicese V., hija mia, me dijo: aún cuando sea verdad todo lo que ha dicho esa mujer, hay un medio para conjurar el mal.

—¡Ay, dónde encontrarlo! exclamé desalentada.

—En la paciencia, en la resignacion cristiana, que es la primera virtud y el mayor de los bienes que puede poseer una mujer: todo lo alcanzan del esposo más malo, más ingrato y más indiferente, la paciencia y la dignidad unidas; no lo dude usted.

—¡Dios mio! ¿dónde está la dicha que yo me prometia? exclamé dolorosamente.

—Así terminan generalmente todos los sueños de dicha que nos forjamos en la tierra: casi siempre la realidad es el dolor.

—Luego ¿tiene razon Magdalena?

—No del todo, mi amada Valeria: es un sueño la di-

cha perfecta: es tambien un sueño doloroso la completa desventura: lo que hay que buscar es el justo medio y la compensacion en los dolores, ó la resignacion para ellos: Dios no la niega al que se la pide de corazon.

A pesar de que la palabra sencilla y á la par llena de calor de mi aya me convenia siempre, esta vez quedó frio mi corazon, como sucedia cada vez que se trataba de las funestas y exageradas ideas que se me habian inculcado: mis pensamientos se volvieron á otra parte, y pregunté á Felicia.

—¿Va V. á acceder á los deseos de esa mujer yendo á su casa para educar á la hija de su amiga?

—De ningun modo, querida niña: no porque yo quiera rehusar á esa jóven lo poco que sé y valgo, sino porque si dejo esta casa porque Dios llame á sí á la señora Condesa, viviré con mis escasos ahorros en una posicion muy modesta, pero del todo libre.

—¿En Madrid? exclamé llena de alegría.

—Sí, en Madrid, para estar cerca de V.; hija mia. Quiero consolarla si sufre, y quiero participar de sus penas si las tiene: no es todo en este mundo el dinero, y yo me lisonjeo de que una buena amiga como yo vale algo tambien.

Yo estreché llena de reconocimiento la mano de mi aya. ¡Cuál hubiera sido mi dolor si se hubiera separado de mi lado para ir á la casa que le designaba la Vizcondesa!

¡Parecíame que así aún era mia y que tenía aún un corazon que me amase y me comprendiese!

VII.

REVELACIONES.

Aquella noche el estado de la Condesa se hizo tan alarmante, que todos nos reunimos alrededor de su lecho.

Ella apénas habló ya: se habia despedido individualmente de todos los que amaba.

Por la tarde estuvo largo rato con mi padre. ¿Qué le diria en aquella hora suprema?

Yo no lo sé; pero sospecho que le refirió toda la historia de su vida; que le habló de sus penas y de su amor burlado, de cuanto habia sufrido y de lo desdichada que habia sido.

Mi padre debió sufrir mucho tambien en aquella última conferencia, porque su método de vida, su carácter, y hasta la expresion de su fisonomía, todo cambió radical y completamente.

Ya no se le vió dirigirse á mujer alguna, y jóven aún se dedicó á la política, á los estudios serios y á los viajes, cuidando ademas de sus bienes para reparar los locos gástos que le habian ocasionado sus dispendios por Gracia.

La Condesa tuvo una agonía larga, pero tranquila: al alba recibió la Extremauncion, y espiró con los ojos fijos en el cielo, á donde sin duda entró su alma, siempre triste, en tanto que moró acá abajo.

Mi padre se retiró á su habitacion y Felicia y yo cumplimos con los tristes deberes que el caso impone á la familia de los finados.

Las exequias de mi madrastra fueron magníficas.

Nada dejó á nadie, porque nada poseia más que la pension de alfileres que le daba su esposo.

Aun hoy, despues de muchos años, me acuerdo con enternecimiento y melancolía de aquella dulce y vaga sombra que atravesó por mi vida como el ángel del dolor, y que fué para todos tan buena y tan benéfica.

Su vida se deslizó sin ruido, y se acabó del mismo modo, triste, pero ignorada de todos.

— ¡Pobre Magdalena!

Pocos supimos lo que valias ; pero los que lo hemos sabido, te lloramos eternamente.

El dia prefijado para la vuelta de caza de mi marido volví á mi casa vestida de luto.

Al verme Eduardo se sobresaltó.

— ¿Qué ha sucedido? preguntó corriendo ansioso hácia mí.

— Magdalena ha muerto, le respondí.

— ¡Ah, que susto me has dado! Pensé que tu padre..... Si yo hubiera sabido la desgracia que amenazaba á tu familia, no me hubiera separado de tu lado, querida Valeria : perdóname.

— Te perdono dije : cuéntame tú, añadí recordando de súbito y con terror : ¿qué ha sucedido en tu cacería? Has disputado con el Vizconde?

— ¿Yo? no por cierto, me respondió ; nos hemos separado, al parecer, los mejores amigos del mundo, y no

hay deferencia que él no haya empleado para hacerme olvidar lo que llama su *ligereza* ; pero estas ligerezas son ya tan repetidas, que estoy decidido á separarme de su amistad.

— ¡Oh, cuánto me alegro de eso, exclamé : y has de saber que esa amistad me parecia muy extraña!

— ¿Por qué? preguntó mi marido con una mirada profunda y cambiando de color.

— No sé... ¡he oido decir que habias amado á su mujer! Pronuncié estas palabras trémula, confusa y arrepentida de haber provocado aquella explicacion.

Pero Eduardo no se irritó, segun yo temia ; asíó mi mano, la estrechó con ternura, y me dijo :

— Veo, pobre niña, que ya han llegado hasta tí las hablillas del mundo, y lo siento muchísimo ; pero has hecho bien en ser franca conmigo. ¿Quién te ha enterado de eso? Dime la verdad ; ¿ha estado aquí Gracia durante mi ausencia?

— No, le contesté : se lo he oido á ella, pero no aquí.

— ¿Pues en dónde?

— En casa de mi padre.

— ¿Ha ido allí?

— Sí.

— ¿A ver á la Condesa? ¿Y en semejante trance ha tenido la osadía de decirte?...

— No me lo ha dicho á mí, ni fué tampoco á visitar á la Condesa, á la que no trataba.

— Yo no comprendo pues.....

— ¡Casi me da vergüenza decírtelo ; Eduardo..... ha ido á casa de mi padre á verle á él!

—¿A él?

—Sí: y yo oí lo que hablaba por casualidad, pues el gabinete á donde yo estaba comunicaba con la habitacion donde se hallaban ellos; dijo á mi padre que se habia querido vengar de su inconstancia casándose contigo, pero que esta venganza se volveria contra él, porque yo sería á tu lado muy infeliz.

—¡Oh, esa mujer es una furia! exclamó mi marido. ¡Y tú que has oido sus infernales palabras! Pero no importa, sabrás la verdad..... toda la verdad, de mis labios. Valeria, escúchame.

Y mi marido acercó su sillón al mio, tomó de nuevo mis manos, y empezó así, con aquel eco de voz que él solo poseia:

—Yo amé á esa mujer, ¿por qué negarlo? A ello me llevaron, además de su belleza y de su gracia, sus continuas provocaciones, pues desea todo aquello que se la resiste, y yo me resistí durante largo tiempo.

Poco despues de haberla yo conocido se separó de ella su marido, aunque ya hacia tiempo que en el interior de su casa vivian en una division completa; sin embargo, no era posible hallar dos personas más semejantes en serenidad y astucia.

Yo me cansé pronto del yugo con que Gracia queria tenerme aprisionado, porque realmente, creo que he sido el solo hombre que le ha inspirado amor en el mundo.

Me fuí á Inglaterra, y á mi vuelta creí hallarla entretenida con otro; pero aunque lo estaba, le despidió de su casa así que yo llegué, y me dió á entender, lo mismo

que á todo el mundo, que yo era el único dueño de su voluntad.

Lo confieso, Valeria; yo venía arruinado. Sandoval, al que yo conocia desde hace largo tiempo, me habló de tí, de tu hermosura, de tu fortuna casi colosal; de lo que nada me dijo fué de tu bondad, de la belleza de tu alma; me ofreció que te veria en el teatro, y al verte, al oírte, quedé enamorado ciegamente de tí. Desde nuestro casamiento no he vuelto á ver á la Vizcondesa, la que, por desgracia, parece que aún se acuerda de mí..... Es capaz de todo..... Vendrá á verte, te hará sufrir con sus narraciones; pero nada temas, ni creas nada más que en la verdad de mi amor. Te pido, Valeria, que seas un poco tolerante y reflexiva para ser feliz, y para que ni la más leve contienda altere nuestra dicha doméstica. De esta suerte todos los planes de esa mujer quedarán burlados.

Eduardo me hablaba con tal acento de verdad, que no podia ménos de quedar yo convencida.

No me atreví á decirle nada acerca de sus deudas con Sandoval; ha habido siempre en mí una delicadeza, acaso exagerada, de la que no he podido desposeerme ni aún con mi propia familia.

Aquella noche la pasó conmigo Eduardo. ¡Qué deliciosa velada fué! Hablamos de mil cosas; yo era una pobre niña ignorante; él habia viajado y visto mucho; era instruido, y poseia además un talento natural brillantísimo; así es que su conversacion tenía para mí irresistibles atractivos.

¡Con qué placer le escuchaba cuando me referia la

vida sencilla y severa de las jóvenes inglesas, su pureza de costumbres, y su incesante actividad!

— Allí, me decía, la mujer se educa para ser la alegría de la familia; allí la vida doméstica tiene encantos que nosotros desconocemos y que nuestros vecinos los franceses, esclavos de la farsa, desconocen también; allí lo brillante cede el paso á lo útil; el salón no está cerrado y reservado para las visitas, sino que, bien acondicionado y caliente en invierno, ventilado y perfumado con flores en el verano, sirve de punto de reunión para la familia. A las diez de la noche se sirve el té, y hasta esa hora trabajan las jóvenes en labores de aguja y de primor; después del té se habla, se toca el piano, se discuten los libros que se han leído, se repasan en voz alta los periódicos, y á las doce, lo más tarde, la familia queda entregada al reposo.

Demostrome esta pintura que Eduardo gustaba de los encantos de la vida doméstica, y esto fué para mí una alegría inmensa, puesto que, aunque educada por mi abuela en medio del fausto y de la ociosidad, las máximas y el ejemplo de mi aya quedaron grabados de un modo indeleble en mi alma, en la que habia una natural propensión á todo lo bueno, útil y modesto.

Después de hablar, en tanto que tomábamos el té, durante más de una hora, yo tomé mi bordado, y mi marido se puso á leerme una novela de Balzac, en el mismo idioma y lenguaje elegante y correcto en que habia sido escrita: pronunciaba él el francés de una manera tan armoniosa y tan admirable, que era para mí el oírle leer en este idioma uno de los mayores placeres.

Aunque á causa de lo reciente de mi luto no podíamos acudir á la música para distraernos, aquella apacible velada se nos hizo un instante, y cuando el reloj dió las doce nos miramos asombrados.

— ¡Oh, qué agradable noche! exclamé yo. ¿Por qué no habíamos de pasarlas todas del mismo modo?

— Todas es imposible, querida Valeria, me dijo mi esposo; no hemos de desaparecer del mundo, donde tenemos nuestro sitio, por hacer los tortolitos en la soledad.

Aquella chanza me hizo un daño horrible, y contesté con alguna amargura.

— No hace mucho, sin embargo, que, hablando de Inglaterra, me ponderabas la dulzura y encanto de la vida de familia.

— Ciertamente, cuando hay familia; cuando ésta se compone de dos señores de edad madura, padres de algunos jóvenes. Aquí toda la familia la componemos nosotros dos. ¡Dos niños que entre ambos no componen cuarenta y seis años. ¡Vaya una familia! Deja esos goces para cuando seamos viejos y estemos rodeados de nietecillos! Ahora quiero que brilles en el mundo por tu belleza, por tu elegancia. Mira, ya que por el luto no podemos ir á la sociedad, daremos en casa algunos conciertos.

— Pero las demás noches..... ¿Porque eso será una vez á la semana?

— Sin duda; y en pasando los primeros meses de luto, irás otra noche al teatro.

— Pero aún quedan cinco veladas. ¿Qué harás en ellas?

— Te acompañaré cuanto me sea posible ; no lo dudes.

— ¿ De veras ?

— ¿ He faltado alguna vez á lo que te he prometido ?

No dudes de que lo haré ; pero ahora vamos á acostarnos.

Despues han pasado por mi alma muchos dolores, muchas alegrías ; pero jamas he podido olvidar aquellas deliciosas horas que se deslizaron en mi saloncito perfumado cón las emanaciones del jardin, al lado de mi marido, sentados uno enfrente del otro, junto á un velador que sostenia una pequeña lámpara de luz apacible que resbalaba por los hermosos cabellos de Eduardo, dando á su belleza un atractivo y una dulzura deslumbradores.

¡ Oh ! amor. ¿ Cómo hay quien te profane cubriéndote con el manto del desórden ? Tú eres más grande cuanto eres más puro y más legitimo ; los goces reprobados por la sociedad, sólo son un recuerdo tuyo. Feliz quien, como yo, no ha conocido en toda su vida más que un solo y santo amor !

VIII.

NUEVAS REVELACIONES.

Mi padre, así que arregló algun tanto sus negocios, salió á viajar, dejando en su casa á un antiguo criado para que cuidase de ella.

Felicia se retiró á una casita muy modesta, en la que ocupaba un cuarto tercero, y buscó una criadita joven para que la sirviese.

Habia hecho algunos ahorros en los doce años que dirigió mi educacion, pues bastaban para su equipo los regalos de mi abuela. Además ésta seguia dándola la pension de 320 rs. mensuales que le habia señalado. Por mi parte, despues de haberlo consultado con mi esposo, le asigné igual cantidad, desde que la muerte de la Condesa la dejó sin ningun recurso, más que lo que podiamos facilitarla mi abuela y yo.

Creo yo haber dicho que era Felicia una de esas mujeres que embellecen cuanto las rodea ; que saben hacer encantadoras las posiciones modestas, y no puedo ménos de repetirlo ahora que recuerdo su casita, tan limpia, tan bonita, tan risueña, ni sé resistir al deseo que siento de describirla aquí, como un modelo para las jóvenes que entren en el camino del matrimonio.

La escalera de la casa, en todo lo que correspondia al piso de Felicia, resplandecia de limpieza ; la puerta tenía, para llamar, un elegante cordon de seda carmesí, que remataba en una borla.

Al entrar, se hallaba una antesalita cuadrada con una ventana que daba á un patio ; esta ventana tenía persiana por la parte exterior, y por la interior una cortina de persa de flores.

El pequeño recibo de que voy hablando se cubria en verano con estera de paja y en invierno con estera pintada de colores vivos ; al frente de la puerta habia una jardinera de hierro con tierra, que tenía plantas natura-